

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 23 DE JUNIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El deber de la nueva generación argentina

Madrid, febrero, 1924.

TENGO una nueva deuda de gratitud con la juventud argentina que voy a pagar ahora mismo. Recibo dos revistas nuevas, una de Buenos Aires, otra de La Plata. Una se llama *Valoraciones*, otra *Inicial*. Ambas están llenas de cosas que son sólo una: anhelo, afán, trepidación de aparato con alas que, aun en tierra, quiere partir no se sabe hacia qué estrella. En *Valoraciones* veo una nota sobre mi libro *España invertebrada*. En esta nota de Carlos Américo Amaya no hay enormes palabras de elogio hacia el autor, pero hay algo mejor que eso, más sabroso, más halagüeño: comprensión. Es la nota más exacta que se ha hecho sobre aquel libro mío. (Aquel libro mío, como en su prólogo se dice, no tiene la pretensión de ser un libro sino más bien el apunte de un sistema). En España se han consumido en poco tiempo sobre dos ediciones de la obra. ¿Diré yo esto a modo de reclamo y para dar importancia al libro? Me parece que no, porque lo digo con el fin de añadir lo siguiente: en España no se han escrito más de dos o tres artículos sobre él y éstos vanos u oblicuos. Ahora bien; un hombre cuya producción consista en un deleitoso flujo literario, un poeta, un novelador, un estilista puede contentarse con ser leído. Pero yo no soy nada de eso.

En cambio, mis libros, mejores o peores, tienen siempre un tema, un asunto objetivo sobre el cual he pensado, del cual he tomado una vista ideológica. Me es, por consiguiente, necesario que otros miren el hecho de que yo pretendo hacer la anatomía y confronten mi imagen con la suya. De otro modo no llegaré nunca a sospechar la medida de mi error o mi acierto. El pensamiento no es, como la literatura, monólogo, sino esencialmente diálogo. Esto está ya muy claro en Platón. Sócrates acusa a los sofistas de monologadores. Vosotros — dice poco más o menos — cuando se os pre-

gunta algo respondéis con un largo discurso — macrología — y no paráis hasta que se os obliga a callar; como los vasos de bronce que, apenas rozados, se dilatan en largos sonidos hasta que alguien les pone un dedo encima. Sócrates practicaba, a diferencia de los sofistas, una exquisita plenitud intelectual. No quería ofuscar ni rebatir al auditorio sino convencer, es decir, llegar a profundo acuerdo con el prójimo, coincidir con él en la verdad. Por esta razón Sócrates hace del mero auditorio un interlocutor, a cada frase se detiene y pregunta si el otro está de acuerdo. Este contesta y así sucesivamente. El monólogo largo y de una pieza, la macrología, se ha fragmentado en mínimos trozos, se hace micrología y se reparte entre dos. Así nace el diálogo y con él la dialéctica. El pensamiento honesto es siempre, en tal sentido, dialéctica. Y la dialéctica es colaboración.

La vida intelectual española cruza ahora por una etapa de rudo monologuismo. Cuando se interrumpe este uso no es para dialogar, sino, al contrario, para ejecutar alguna estúpida agresión al prójimo escritor. Nadie se otorga el lujo de comprender a otro y, partiendo de esta comprensión, tal vez rebatirle. Me temo que, en general, acontezca lo mismo en la Argentina, y por eso quiero aprovechar la gentil excepción que estas dos revistas me presentan para denunciar el grave peligro que corre el intelecto hispanoamericano. Si el temperamento al uso prosiguiera, dentro de pocos años caeríamos en la más incorregible idiocia. El intelecto no tiene más excitante ni más gimnasia ni más nutrimento que una peculiar y lujosa voluptuosidad por la verdad. Quien no sienta ese placer casi erótico de alargar la mano y palpar estremecido las formas deliciosas de una idea en que la realidad ha dejado impresas su seno y su mejilla, puede estar seguro de que a los treinta años se le parará la inteligencia.

No hace mucho existía en París una «Unión pour la vérité». Esta sociedad publicaba unos cuadernos donde los hombres de ciencia y de letras discutían entre sí, de espaldas al público, sin tolerarse vanos aspavientos, felonías ni otras ruindades inspiradas por el afán de quedar encima. Un riguroso imperativo de veracidad presidía a la polémica. Yo pienso fundar en Madrid una sociedad parecida que se llamará el «Diálogo». Sus miembros se reunirán un día a la semana para discutir sobre algún asunto. La controversia se recogerá taquigráficamente y se publicará a fin de que puedan participar en este canje espiritual personas lejanas. Una insolencia, una pedantería, una deslealtad serán automáticamente castigadas con la exclusión. La verdad no es, en verdad, más que un deporte y, por lo mismo, conviene cultivarla con la moral y la disciplina más rigurosas, que son las usadas en los juegos. Acaese el deshonor de que los intelectuales tienen ahora que reaprender la ética de los futbolistas. Suponiendo que sea esto un deshonor. Porque el hecho es que todas las normas rígidas han nacido históricamente en el deporte de los nobles. El propio Platón no sabe encomiar más altamente la filosofía que llamándola «la ciencia de los hombres libres, de los nobles, de los caballeros» — *he episteme fou eleutheron* — y es como si la llamase el Gran Deporte.

La desmoralización de las juventudes intelectuales en Europa es superlativa. Probablemente se trata de un síntoma entre tantos de la vitalidad menguante en el viejo continente. ¿Por qué no había de sentir la actual generación argentina el orgullo de querer ser una generación ejemplar, de iniciar una línea de ascendente clasicismo? Por clasicismo entiendo ahora una sola cosa: férrea disciplina interior. Todas las labores valiosas que se han cumplido en la historia nacieron de esa disciplina dura, vibrante, que no consiente el menor abandono o flojera, la disciplina que reina en las plazas sitiadas. Una juventud que aspire a ser no consecuencia, repercusión, eco del pretérito en decadencia, sino al contrario, iniciación de

un proceso ascensional y constructor —el proceso en que se crea esa enorme cosa que es un gran pueblo— tiene que sentirse sitiada por el vulgo inerte. Esta sensación de aislamiento ha sido siempre el máximo estímulo, la genial incitación que mantiene tenso el ánimo de las minorías selectas, las cuales son selectas —entiéndase bien— ante todo y sobre todo porque se exigen mucho a sí mismas. El hombre que se impone a sí propio una disciplina más dura y unas exigencias mayores que las habituales en el contorno, se selecciona a sí mismo, se sitúa parte y fuera de la gran masa indisciplinada, donde los individuos viven sin tensión ni rigor, cómodamente apoyados los unos en los otros y todos a la deriva, vil motín de las resacas. Por eso el lema decisivo de las antiguas aristocracias, forjadoras de nuestras naciones occidentales, fué el sublime *Noblesse oblige*. Nada se puede esperar de hombres que no sientan el orgullo de poseer más duras obligaciones que los demás. La nobleza en el hombre, como en su hermano mayor el animal, es, ante todo, un privilegio de obligaciones. El caballo de raza lo es, ante todo, porque tiene obligación de correr más que el vulgar o resistir más largamente.

En esta disciplina de la juventud hay un punto que es el más delicado de todos y, a la par, el decisivo. La juventud necesita dejarse influir. Una mocedad hermética que no se deja penetrar por formas ejemplares de vida renuncia a formarse el tesoro interior de ideas y emociones que han de operar luego como magníficos resortes orgánicos. Biológicamente, parece haber sido prevista la juventud como una etapa de enérgica absorción. El mozo tiene que dejarse transmitir hasta el eje mismo de su persona por toda ejemplaridad. El resto de la vida será, por desgracia, una incesante esgrima con que impedimos ser divinamente vulnerados por la aguda perfección. Quiera o no, en virtud de una ley inexorable, el organismo se va obliterando, formando un caparazón defensivo que ampara lo que haya dentro, pero impide todo nuevo ingreso del exterior. Conviene, pues, llegar a la madurez con los sótanos del alma bien pertrechados.

Pero esta necesidad biológica de dejarse influir que siente toda sana juventud le obliga a cultivar en sí un fino instinto de elección. Sobre todo cuando se trata de influencias intelectuales. El joven exento de una vigorosa disciplina tenderá a preferir como ejemplares aquellas actitudes que es más fácil imitar. De aquí que en las generaciones decadentes los jóvenes rindan culto fervoroso al aspaviento. Por el contrario, en las generaciones

ascendentes es la mocedad un juez terrible, insobornable, que exige a quien pretenda influir sobre él la más impecable honestidad. ¿Honestidad? No sé bien por qué he empleado este vocablo habitado por resonancias éticas y, consiguientemente, patéticas. Fuera más simple y cabal decir «talento». El mozo debe exigir a quien pretenda influir en él simplemente eso. Si se trata de influencia ideológica el talento consiste en pensar pensamientos que ajusten sutilmente con la realidad. Nada más, nada menos. ¿A qué gestos? Quien carece de ese talento buscará un substitutivo en grandes ademanes de heroísmo político. En vez de averiguarnos una nueva verdad gritará que la libertad está amenazada, cuando lo que esperamos es que descubra alguna ley psicológica o estética, algún secreto nexo histórico, alguna intacta visión metafísica. Otras veces, en lugar de la gran gesticulación tribunicia, el escritor exhausto prefiere segregar «elegancia». Hará el desdeñoso, pondrá los ojos en *coulisse*, cuando de lo que se trata es simplemente de disparar la flecha de la idea y alcanzar bajo el ala una verdad que trasvuela. ¡Cuánta diferencia entre todo esto y esas lecturas de que salimos más densos, con un extraño aumento de peso espiritual, porque hemos recibido viscoses ponderables!

No se puede esperar nada de una juventud que no sienta la urgencia de adquirir un repertorio de ideas claras y firmes. Una impetuosa aspiración hacia la luz, hermana de la que reside en el vegetal, me parecería el mejor síntoma en una nueva generación. ¿Es esto lo que sienten los jóvenes redac-

tores de *Valoraciones* y de *Inicial*? Yo creo que sí, pero debo lealmente agregar una reserva: en ambas revistas predomina con exceso el ataque a lo que no se estima sobre la definición de lo que se piensa. Esto no significa una invitación al pacifismo. Juventud es beligerancia. (En un ensayo próximo a publicarse — *El Estado, la juventud y el Carnaval* — se verá todo el grave contenido que encierra para mí esta aseveración). Pero es un error creer que el guerrero esencial se complace en el ataque. Todo lo contrario. Para el buen aficionado a los secretos psicológicos nada más curioso que sorprender en la manía de atacar un síntoma de debilidad, una preocupación defensiva. El hombre fuerte no piensa nunca en atacar: su actitud primaria es simplemente afirmarse. La serena y despreocupada afirmación de una doctrina, de una voluntad, de un deseo, es la verdadera ofensiva del temperamento guerrero. El ataque es para él cosa secundaria y siempre respuesta a un prójimo que se sintió ofendido por la enérgica paz de su afirmación. En la vida intelectual es esto de una evidencia superlativa. El escritor que propende demasiado a la polémica es que no tiene nada que decir por su cuenta. Para mí ha llegado a ser esto una señal infalible. Me parecería un heroísmo inverosímil que un hombre repleto de nuevas ideas sobre las cosas en vez de exponer éstas se ocupase en combatir las ideas de otros. La auténtica ofensiva intelectual es la expresión de nuevas doctrinas positivas.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Un peligro para la inteligencia española

Madrid, febrero, 1924.

LA huella en la nieve promete venganza al cazador. Satisfacción a su esfuerzo. No logró cobrar la pieza en los días libres de la primavera. No contento con el ojeo y el buitrón, armó el alzapicé, y más de una vez, pero el artificio fracasó. La libertad del bosque era tenaz defensa. No aprisionaba la nieve todo tallo, toda flor, sin esperanza de mejores tiempos. Entre los árboles del bosque, que son lanzas, se desliza ahora el cazador. Ha espiado, con la sutil ayuda de sus sabuesos, la huella en la nieve. Pronto goza del gesto de dolor de la pieza herida. Pero en los ojos quebra-

dos de la víctima centellea, irreductible, un ansia agreste de libertad. Más que ansia, promesa.

No confiéis vuestra pisada a la nieve. Huid de lo blanco y de lo claro. Respetad, asimismo, el albo papel. Frente al ardor cinegético es toda huella peligrosa amenaza. No tracéis epístolas familiares o *ad amigos*. Si sois artistas, el natural ímpetu de la forma os arrastrará a fundir los finos rasgos de la escritura en peligroso monumento de indignación.

Pero ese bronce perpetuará vuestra memoria.

(Don Miguel de Unamuno, gloria de España, ha sido confinado en Ca-

narias. Pretexto de esta arbitraria medida ha sido su valerosa actitud cívica y la irritación que a ciertas personas ha producido la carta privada, grito de indignación de gran patriota, publicada en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires) ⁽¹⁾.

Natural solidaridad

ANTE todo, y como primeras palabras, proclamemos nuestra absoluta solidaridad con don Miguel de Unamuno. Es nuestra obligación de españoles y de hombres de conciencia libre. Repitamos lo que, a comienzos de esta desastrosa época de la historia de España, dijimos, con permiso de la censura militar, en la prensa de Madrid. «Nosotros, los escritores, que sentimos la emoción liberal, todo lo siglo XIX que ustedes gusten, pero hoy, en España, la única posible, que sentimos la dignidad de la pluma, no sujeta a ordenanza y que sirve a causas libres, estamos con don Miguel. Le consideramos el más claro exponente de las palabras que todos quisiéramos decir en estos días y que contenidas hacen vibrar a nuestros nervios».

Los artículos políticos de don Miguel de Unamuno son nuestra guía. Esos artículos por los que sufre de deportación. No se han fabricado en frío, sobre el último libro europeo. Son sangre de su corazón. Vida. Son ardor espiritual. Ansia de bien. ¡Cómo los ama don Miguel. Los ama tanto como a la poesía. «Cuántos artículos de esos que voy echando en hojas volanderas los habría escrito en verso», ha dicho en *La Nación*. Y sigue: «Si yo no tuviera que escribir para ayudarme a vivir y a que viva mi familia, como oficio servil y mercenario, apenas escribiría sino artículos de combate, con un fin político, y poesía, pero poesía en verso».

¡Artículos de combate con un fin político! ¡Y el poder de los militares quiere comprimir, reduciéndola a la enseñanza del griego, la viva conciencia de este hombre singular! En Salamanca, entre las rojas piedras de la ciudad, se agitaba la mayor inquietud de España. En la ciudad, por lo demás, todo es sosiego. El Tormes, hinchando bien sus riberas, va torciendo el paso por aquella vega. Allí, en aquel paisaje, donde el maestro León definió los nombres de Cristo, don Miguel de Unamuno cantaba y hablaba con el «entendimiento profundo» de los interlocutores del famoso huerto. Definía los nombres de España. Nombres que no son de alabanza; pero

que, dichos por él, son llama ardiente de dignidad espiritual, deseo infinito de una patria mejor, que mitigue, en goce de justicia, el sentimiento trágico de nuestra vida.

La ofensiva contra la inteligencia

«¡Señor, protege la inteligencia de España!» Así terminaba don Miguel de Unamuno cierto magnífico artículo de *El Liberal*, cuando aun no se había iniciado la actual ofensiva, que ha elegido al sabio como primera víctima ejemplar. ¿Quién es en España la más clara expresión de la inteligencia y la conciencia más libre? ¿Quién el prestigio mayor? ¿Quién el nombre con eco en Europa y en todo el mundo de habla española? El ultraje que se infiera a don Miguel de Unamuno será advertencia eficaz para reprimir posibles libertades de inteligencia y de pluma. Las letras han de someterse dóciles a las armas,

Se ha iniciado una ofensiva general contra la inteligencia española. El confinamiento de Unamuno y el cierre, ilegal, del Ateneo, sociedad siempre libre desde 1820, hace hervir las conciencias. La protesta se escucha. Cada rumor anuncia una nueva víctima. Es coincidencia sintomática el que la deportación de don Miguel y la clausura del Ateneo se anuncien en la misma nota oficiosa. Entre ciertas gentes espesas, que siempre sintieron horror a la inteligencia, que tuvieron a ofensa su práctica, vence hoy el júbilo al pudor. ¡Cómo se aprecia ahora el sabor íntimo de aquel «¡Vivan las caenas!» de la época fernandina y el sentido soez de la «¡Pitita!»

La literatura oficial se engalana con desplantes contra la inteligencia. Aunque declare, con militar bizarría, que el Directorio «no entiende ni quiere entender sutilezas», no le impide esta ingenua renuncia a una de las más finas flores del espíritu—¡oh, maestro agudo, Gracián!—jugar al vocablo. Con rara inventiva introduce el Directorio en el lenguaje la palabra «auto-intelectuales», para zaherir con ella a ciertos profesores de la Universidad de Madrid, acaso a la noble inteligencia del penalista D. Luis Jiménez Asúa. Si la intelectualidad, orgullosa, se placía en la crítica, sentirá ahora la fuerza de la disciplina. El profesor habrá de ser profesor. Y así como el oficial, que antes sólo instruíra reclutas, puede intervenir en la política, el profesor se limitará a enseñar griego o latín o matemáticas, o aquello por lo que reciba soldada del Estado.

Don Miguel de Unamuno infringió esta regla inflexible. No se puede tolerar «que ande haciendo propaganda de ideas disolventes, (es decir, liberales) y desacreditando de continuo a

los representantes del Poder y al propio soberano, que tan benévola y noble acogida le dispensó en Palacio». Y, si estas extralimitaciones del profesor, dice una segunda nota oficiosa, que apunta a nueva víctima, «se realizan fuera del aula», son, desde luego, «más censurables y reprimibles». Y, es verdad, cómo la primera de estas declaraciones se hace en nota oficiosa, en la que se engloba la deportación de don Miguel de Unamuno, el cierre del Ateneo y la noble manifestación de que el Poder no se siente molestado, porque se hable malévolamente de la «supuesta protección a una joven alegre» y «tiene a gala de su carácter haberse sentido inclinado toda la vida a ser amable y benévolo con las mujeres», y se congratula que la murmuración «no cambie de disco», ¡qué importancia tiene la inteligencia! Conviene relegarla al archipiélago canario.

Así, sin obstáculos molestos, el dictador, abocado con el monarca, podrá dedicar sus desvelos a la salvación de España. A librarla de la acción de la inteligencia, perturbadora y disolvente.

Camino del destierro

He sido testigo de un acto del ultraje inferido a D. Miguel de Unamuno. No creo que la escena se borrrá de mi memoria. Firmes esperábamos en la estación del Norte la llegada del tren que conducía a Madrid al deportado, de paso para Caparías. Sufría nuestro grupo de la inclemencia de la noche de invierno, soportando el retraso de tres horas y media que, a consecuencia del estorbo de las nieves de la sierra, traía el rápido de Irún. Y sufría también de la recelosa mirada de un enjambre de policías, secretos y uniformados, que habían acudido, y no por amistad, a recibir a D. Miguel.

Un silencio de emoción acoge la llegada del tren. Allí, en los últimos coches, aparece D. Miguel. La ventanilla es marco de su figura. Su rostro vivo, curtido de sana color roja, su nariz aguileña, sus revueltas barbas plateadas. Lleva el sombrero redondo, flexible, de siempre; la zamarra azul, el chaleco, con prestancia de gravedad, cerrado hasta el cuello. ¡Oh silueta inconfundible en el espesor de España! Acaso en su rostro se marque una honda huella de dolor. Pero no es dolor de cobardía—él, que pudo trasponer la frontera portuguesa, prefirió entregar su persona al ultraje;—es dolor por la idea aherrrojada, por la palabra contenida, por la libertad en escarnio.

Ya llega D. Miguel rodeado de todos nosotros hasta el centro del an-

(1) Puede verla también el curioso lector en el núm. 23 del tomo 7 del *Repertorio Americano*.

Filosofícula

La túnica de Neso

dén. Aun ahogan la emoción las palabras de saludo. No. No podía ser una palabra trivial cualquiera de acogida. Fué un grito, seco, firme, decidido; un grito a despecho de todo. «¡Pero, es que no vamos a poder gritar: Viva D. Miguel de Unamuno!» Y ese grito, repetido por todos nosotros, vibró, metálico, en la nave de la estación. La Policía contuvo un ademán de impaciencia.

Al pisar la acera, un policía se acerca a D. Miguel, uno nuevo, no uno de los dos inferiores que le daban escolta desde Salamanca, y le dice con policíaca amabilidad:

—D. Miguel, soy el comisario de Policía. Tengo el gusto de saludarlo y ponerle, para llevarle «a donde usted quiera», un automóvil a su disposición.

D. Miguel de Unamuno le contempla con cierta sorpresa, se encoge de hombros y contesta:

—¡Bueno!

El comisario llama a voces: «¡El automóvil para D. Miguel de Unamuno!» Sus gritos no tienen eficacia. Pero una castiza interjección del representante de la autoridad consigue, por fin, que el vehículo se aproxime a nuestro grupo.

Suben al coche D. Miguel y sus inesperados acompañantes. Uno de los nuestros logra hacerse sitio. Y el automóvil desfila, camino del hotel, por entre las fuerzas de Policía, a pie y a caballo, que cubren la carrera hasta la Plaza de Oriente.

Nosotros le vemos desaparecer, y le despedimos con un viva, clamor ardiente.

—¡A disolverse en el acto, que «si no habrá leña»!

No. Nadie pensaba en oponerse a la fuerza aquélla. Una enorme tristeza apagó nuestra indignación.

Luego supimos en el hotel que la policía tenía secuestrado a Unamuno. Que no le dejaba salir ni recibir visitas. Que a la mañana siguiente, custodiado, en automóvil, lo embarcaron para el destierro. Sólo unos amigos, que supusieron la traza, lograron despedirle en la estación.

Y así nos han quitado a D. Miguel de Unamuno. Ya no oiremos su voz ni leeremos sus palabras. La censura no tolera que se hable de su persona ni de su excursión a través de España custodiado por la Policía. Lo último que de él sabemos nos lo dicen los esquitos telegramas de la prensa: «Don Miguel de Unamuno ha salido de Sevilla para Cádiz». «Ha embarcado en Cádiz para Canarias»,

Y nada más.

MANUEL PEDROSO

(La Nación, Buenos Aires).

Es evidente—dijo el mitógrafo a sus interlocutores, el filósofo y el poeta— es evidente que Deyanira no estuvo enamorada de Hércules. El semidiós, nada joven ya, la hubo de su padre, el rey Eneo de Calidonia, mediante el don del cuerno de la abundancia. ¿Cómo pudo entonces, Deyanira enfurecerse hasta causarle la muerte por medio de la famosa túnica, cuando supo sus nuevos amores con Yole?

—Por vanidad herida—opinó el filósofo. Si hubiese estado realmente enamorada de él—sentenció el poeta— ella misma se habría dado la muerte.

Orfeo y Euridice

HALLO una contradicción—dijo el filósofo—entre la inexorable ley, con forme a la cual ningún mortal volvía del Hades, y el retorno de Euridice, concedido por el dios infernal a Orfeo, cuando éste lo apiadó con la lira.

—Más aún—confirmó el filósofo— si se considera que la ley del Hades no incumbía al dios, sino al destino, cuyo carácter impersonal excluye la compasión.

—El dios fué a la vez piadoso y sutil—enseñó el poeta—y eso se ve en la condición que puso a Orfeo: no volverse para mirar a Euridice, hasta no haber abandonado el Infierno. Pues hallándose realmente enamorado de ella Orfeo, el dios sabía con seguridad que no resistiría al ansia de verla.

La desventura idealista

CUANDO Remy de Gourmont dió su primer paseo por el infierno, en compañía de Abelardo, llamóle la atención una mujer hermosa, seguida por un hombre triste. Tan hermosa y ensimismada, que parecía lejana cual la luna poniente.

—Esa—dijo Abelardo—fué una a quien amó en la tierra cierto poeta famoso, sin ser correspondido. No era linda ni fea, inteligente ni tonta, pero no supo comprender la belleza del alma enamorada. Entonces él, por medio de la poesía que le dedicó, puso en ella toda la belleza de su alma. Y así, además de aquel tesoro inútil, le dió en los tiempos la gloria. Él se quedó solamente con el dolor, y cuando no pudo más, se mató por ella.

Ahora, en el Infierno a que los echaron el suicidio y la vanidad, ella, embellecida por la hermosura que él le creó, lo desdeña más, viéndose tan hermosa, y tomando la gloria que la

rodea por el esplendor de su propia hermosura.

La creación de los ángeles

Dos siglos después del Dante, un joven platónico que había muerto en plena adoración de la *Vita Nuova*, hallóse con Guido Cavalcanti a la salida del Purgatorio, donde éste acababa de expiar su noble, si bien profano amor por Mandetta la tolosana.

—Señor—le dijo—puesto que para vuestra eterna gloria, merecisteis ser llamado por el Supremo, Doctor en la Ciencia de Amar, el primero de sus amigos, satisface, os lo imploro, la única insaciable curiosidad de mi existencia: decidme cómo era Beatriz.

—¿Beatriz, como ser corporal? ¿La Bice Portinari? una linda criatura, por cierto; pero no mejor, a fe mía, que otras doncellas de Florencia.

—Figurábamelo así, y esta es la angustia de mi alma. ¿Cómo pudo, entonces, el poeta, ganar el cielo con la mentira de cantarla perfecta?

—¿Mentira? Lo único falso que había en ella, al ser, por imperfecto, lo perecedero, era aquello que le faltaba para alcanzar la perfección. La verdad es el ángel que Dante inmortalizó en ella.

LEOPOLDO LUGONES

(Caras y Caretas, Buenos Aires)

La palabra

Aleje la amargura de mi vida
para verla un instante
con serenidad,
y la encuentro dolida
como un recio clamor de soledad.

Ni la paz del ensueño más distante
ni jocunda canción.
Apenas un acento de esperanza
pequeña, casi límpida, tan mansa
que pudiera llenar un corazón.

Cansado el pensamiento se doblega
y esconde su dolor
como el iris inmóvil de una ciega
un anhelo infinito de color.
Y parece mirarse mi conciencia
en la ola de mar,
cuyo canto de larga persistencia
quisiera en las orillas descansar.

El mar es agua pobre. ¡Una raya
de espuma puede ser
el duro cerco de su sed de playa
en ingenuos desmayos de mujer!

No obstante, prosiguiendo la jornada
[emprendida,
una vez me enamoré de la vida,
por cualquiera razón,
y le dije en el fleco de una ola
una palabra sola,
casi lágrima, ensueño y oración.

JOSÉ GOROSTIZA

(Envío del autor).

México, D. F.



LA EDAD DE ORO

4.—Elogio
de la pobreza.

...Pero no hay manjar como la buena disposición, y el hambre adereza maravillosamente hasta las cosas humildes: ella es la mejor cocinera del mundo; todo lo da lampreado y a poquísima costa. Dichosos los pobres si tienen qué comer, porque comen con hambre. La salud y el trabajo tienden la mesa, bien como la conciencia limpia y la tranquilidad hacen la cama: el hombre de bien, trabajador, se sienta a la una, se acuesta en la otra, y come y duerme de manera de causar envidia a los potentados. La pobreza tiene privilegios que la riqueza comprara a toda costa si los pudiera comprar; mientras que la riqueza padece incomodidades contra las cuales nada pueden onzas de oro. ¿Cuánto no daría un magnate por un buen estómago? El pobre nunca lo tiene malo, porque la escasez y moderación le sirven de tónico, y el pan que Dios le da es sencillo, fácil de digerir, como el maná del desierto. El rico cierne la tierra, se va al fondo del mar, rompe los aires en demanda de los comestibles raros y valiosos con que se emponzoña lentamente para morir en un martirio, quejándose de Dios: el pobre tiene a la mano el sustento, con las suyas lo ha sembrado enfrente de su choza, y una mata le sobra para un día. El faisán, la perdiz son necesidades para el opulento, hijo de la gula; al pobre, como al filósofo, no le atormentan deseos de cosas exquisitas. Más alegre y satisfecho sale el uno de su merienda parca y bien ganada, que el otro andando a penas, henchido de viandas gordas y vaporosos jugos. El uno come legumbres, el otro mariscos succulentos, producciones admirables del Océano: el uno se contenta con el agua, licor de la naturaleza; el otro apura añejos vinos; y en resumidas cuentas, el que no tiene sino lo necesario viene a ser de mejor condición que el que nada en lo superfluo. ¿Hay algo más embarazoso, fastidioso, peligroso que lo superfluo? Donde la necesidad y la comodidad se dan la mano, allí está la felicidad, y de esa combinación no nacen ni el hastío ni el orgullo; otra ventaja. Soberbia, malestar, desabrimiento, de la riqueza provienen, cuando no es bien empleada; que cuando sirve de báculo de la senectud, vestido de la desnudez, pan de la indigencia, la riqueza es fuente de gratas sensaciones, y por sus méritos a ella le toca el cetro del mundo. ¿Pero dónde están los ricos ocupados en el bien de sus semejantes? Son de especie superior, creído lo tienen, y su corazón, bronco por la mayor parte, no suele abrigar los afectos suaves, puros, que vuelven la inocencia al hombre, le poetizan y elevan hasta los ángeles, sus hermanos. El Señor promete el reino de los cielos a los pobres; de los ricos, dice ser muy difícil que atinen con sus puertas. Si, pues, los ricos tienen esta dificultad, no son los más bien librados; aunque pueden redimirse con sus caudales, empleándolos en dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, siempre de corazón, sin prevalecer por la soberbia. El silencio es el reino de la caridad, abismo luminoso donde no ve sino Dios; si alquilas las campanas para llamar a los pobres y dar limosna a mediodía en la puerta de la iglesia pregonando tu nombre, eres de los réprobos.

La misericordia es muy callada, la compasión muy discreta, la caridad muy modesta: al cielo subimos sin ruido, porque la escalera de luz no suena.

JUAN MONTALVO

(Capítulos que se le olvidaron a Cervantes).

5.—Cultivo una rosa blanca...

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

JOSÉ MARTÍ

(Versos sencillos)

6.—El cardo.

Una vez un lirio de jardín (de jardín de rico) preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca—agregó un jazmín menudo y fragante—y ningún espíritu delicado deja de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo—añadió todavía la camelia fría e impasible.—Será un patán: yo he estado en el pecho de los hombres y las mujeres hermosas...

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, y mi dueño lo ha recordado al mirarme esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hay que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino, conoce a cuantos pasan, y a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad—contestó el lirio.—Sin duda, el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas y es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos, cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

Y vino en el viento la voz cansada y como rota del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino y le he tocado los vestidos, yo, un triste cardo!

—¿Y es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. El la lleva algo inclinada; pero su manto es albo como tu copo y eres hartito feliz de parecerte. ¡Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso!

—Dí, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho—dijo.

—Es un color demasiado crudo—dijo el lirio.

—¿Y qué lleva en las sienes por guirnalda, cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda—dijo la camelia.—Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo?—prosiguió el lirio, turbado.

—¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo—dijo el cardo echando a volar las plumillas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo—dijo el lirio—querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino—respondió éste.—El va siempre por las sendas, sin reposo. Al pasar me ha dicho: «Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante». Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Sarón, que El cortó de niño por las colinas; ni la Madre-silva trenzada, quisieron hacerse cardo del camino y, como los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirle por las llanuras quemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

(Desolación)

GABRIELA MISTRAL

7.—Tiene el leopardo un abrigo...

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
la mushma en su cojinete
de arce del Japón: yo digo:
«No hay cojín como un amigo.»

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave; iyo tengo
allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

JOSÉ MARTÍ.

(Versos sencillos)

Los desposorios con la tierra

A una mujer joven, bella y de buen sentido, que iba a casarse con un mecánico, le preguntaron, viendo cómo él vivía cubierto de aceite, sudoroso y con el traje sin aliños del hombre trabajador:

—¿Y cómo te atreves a unir tu suerte con ese muchacho, que se viste tan mal?

—Ah, contestó la joven—debajo de esas ropas bastas y llenas de pringues de aceite, hay un hombre, todo un hombre.—Como si hubiese dicho que las ropas se compran, que con mil dólares cualquiera queda hecho un Brummel de la noche a la mañana; pero ni con ese oro ni con todo el oro del mundo se compra un marido sano, valeroso, emprendedor, austero, capaz de ser compañero afectuoso y guía firme de una mujer, capaz de ser padre espiritual de sus hijos y ciudadano útil a su República.

Hay muchos jóvenes, los caballeros sociales, que hacen asco de tocar la tierra y de sembrarla. Aún siguen fieles a los viejos prejuicios de los hidalgos, que como tuviesen hidalguía,

aunque no tuviesen qué poner a la mesa. Esto es de la época en que se creía el trabajo servil y vergonzoso, tan solamente propio de plebeyos. Es, en fin, de la época en que en España no se ponía el sol... Pero tampoco se ponía el puchero.

Y ¿cómo querrían trabajar la tierra esos mocitos? ¿enguantados? ¿con pinzas?— Cuando la juventud que está llamada por su riqueza o su talento, por su posición o sus propios anhelos, a ocupar los puestos que ofrecen ya la agricultura y las nuevas industrias, ya la magistratura y la guerra, padece de estos prejuicios o está contaminada por parecidos afeminamientos, casi ni merece tal nombre, y es índice de que las fuerzas nacionales decaen. Fué la ruina de Roma, el magno imperio. Las cartas de Símaco se guardaban en cofres de sándalo, mientras los hijos de los prepotentes pedían quitasol y esclavos que les abanicasen para ir al Bósforo Cimeriano.

Pero en Centro América este miedo de ponerse en contacto con la tierra no es índice de una decadencia que se

inicia, sino la confirmación de una decadencia que continúa. Es que estos tataranietos de españoles de la Colonia nos han infiltrado el horror al trabajo, en tanto que la España nueva se empeña en enterrar su pasado. El prejuicio del horror a los trabajos serviles proviene de nuestros pseudo-nobles, y llega hasta los hombres a quienes la tierra les ofrece un porvenir seguro y magnífico, a trueque de que sean varoniles, activos y estudiosos.

No sólo yerran lamentablemente sino que se ponen en ridículo, quienes consideran que saber ejecutar el trabajo del peón, cavar la tierra, removerla con las propias manos, untarse de ella, hundirse en ella, es cosa que se halle contrapuesta con la distinción o con la jerarquía. Ya Cicerón—uno de los espíritus más aristocráticos que hubo jamás, una de las inteligencias más delicadas, el hombre que poseía una mesa escritorio que valía miles de sextercios— elogiaba la agricultura como la profesión más digna de un hombre libre.

La primera condición del caballero fino y elegante, es que sea libre; y la libertad no se consigue sino con independencia económica, y esta independencia no se logra jamás con el asco a la tierra y la repugnancia por su

contacto. El hombre que no tiene independencia económica lograda o mantenida por su esfuerzo, no puede sostener las prerrogativas de la finura y la delicadeza, y viene resultando un cascarón vacío.

La verdadera, la genuina cultura de los pueblos, no la forman los señoritos, ni los escritoruelos, no los poetastros, ni aun los sabios: la forman los hombres que, después de haber hecho una fortuna o haberse asegurado una posición con el trabajo, luchando varonilmente, pueden rodearse de libros, dilatar sus lecturas, tener amistad con personas de experiencia, de saber o de brillo, viajar y ocupar puestos sociales importantes, o que se hacen importantes, aunque sean modestas, cuando hay en ellos *un hombre*. La fuerza y la grandeza de un pueblo está, pues,

en tener hombres verdaderos: eso que la joven de la anécdota desea encontrar bajo el traje del mecánico.

Ya pueden, pues, los mocitos elegantes y pintiparados de Centro América, ir desposándose con la tierra, que es la más rica y la más fragante de las novias, y, al propio tiempo, la única que da blasones puros, de aristocracia, de libertad, en esta dura época. Y, por si esto no les fuese suficiente, no echen en olvido que, después de todo, tierra son... Y la peor forma terrena: la que, siendo lúgubre y sujeta a la podredumbre, no ilumina siquiera por un talento claro y una energía viril.

PORFIRIO BARBA-JACOB

(*El Imparcial*, Guatemala).

¡El pobre Luciano!

(De *Las Fantasías de Juan Silvestre*).

MI vieja ama entró esta mañana toda compungida a darme la noticia, pero al oírme exclamar con un suspiro de alivio: «¡Doy gracias a los dioses!», se quedó contemplándome extrañada y luego salió en silencio moviendo la cabeza con ademán de reproche.

Cierto es que se trataba de mi amigo de la infancia, Luciano Montenegro. También es cierto que la noticia era bien inesperada. Nunca lo creí capaz de una resolución tan definitiva.

El día anterior lo había columbrado, descansando en el banco de un parque, y ahora recordaba con tristeza el supremo aburrimiento que emanaba de la figura toda, sentada con el tronco inclinado hacia adelante, una mano desmayada en la rodilla. Lo evité porque temía sus eternas quejas, siempre sobre el mismo asunto. El decía que yo era su único confidente. ¡Dios mío, qué aire de confesonario tendrá mi cara que tan a menudo encuentro gentes que me favorecen con sus confidencias!

Me encaminé hacia la casa de Luciano. Cuando llegué, hacía dos horas de ocurrido el suceso y estaba llena de curiosos, familiares y amigos. Muchos años hacía que no trasponía aquel umbral, desde que me dí cuenta de que Guadalupe sentía que le pisoteaban el corazón cuando los camaradas de su marido le mancillaban con sus pisadas el bruñido zaguán o desordenaban las sillas del escritorio.

Cuando entré, divisé a Lupe en el fondo de un corredor, dando órdenes entre sollozos, a una criada, para que fuera a pasar un trapo húmedo sobre

las baldosas llenas de barro por los pies de los que entraban y salían.

Quizá en esos momentos mis sentidos sufrían de hiperestesia, porque me molestaron los minutos de Lupe al venir a mí encuentro toda alharaquienta. Yo pensaba: te mueves como una vaca... Pero en una vaca no me molesta ese ritmo y en ti, mujerona, lo aborrezco.

—¿Qué le parece, Juan, lo que ha hecho Luciano?—exclamó con el rostro contraído por una mueca de pena. Y se puso a llorar recostada en la pared, con el rostro descubierto. La carne espesa de las mejillas le temblaba como si fuera en coche.

—¿Dónde está?—pregunté sin que me pasara por la imaginación la menor frase de consuelo, y me alejé.

Entré en el cuartito en que descansaba Luciano en una cama. La habitación estaba en una semioscuridad. Sobre un velador palpitaba la llama de una lamparilla de aceite y a su luz untuosa e inquieta fui descubriendo la escena: de entre las sábanas emergía la cabezota del amigo, toda vendada. Por una de las mejillas resbalaba una lágrima sanguinolenta y en la blancura de las vendas se destacaban manchas de sangre.

¡Qué infinita lástima experimenté al mirar el cuerpo macizo delineándose bajo las ropas de la cama, y sobre todo, al ver la luz acentuar su inquietud sobre la barba y los bigotes grises cortados a la Richelieu!

Su hermana Teresa lloraba arrodillada a los pies de la cama y el murmullo de su lloro y el de la conversación en voz baja, que sostenían unas cuantas señoras diseminadas por la

pieza, ponía en mis oídos una sensación vaga, semejante a la que me producía la luz de la lamparilla de aceite en mis ojos.

Me disimulé en un rincón y el misterio que asomaba a través de la absoluta quietud de mi amigo me llenó de congoja.

La voz de una de las piadosas señoras que velaban en torno del difunto, no pudo mantener el tono bajo, y vino a hacerme en el espíritu una especie de cosquillas que me produjeron risa, y la congoja se fué esfumando. La señora decía:—Encuentro que Luciano ha sido muy ingrato al matarse... Ya ven, dejar una viuda con tres criaturas y en la edad en que más necesitan del padre. ¿Qué puede haber sido? Mi marido, que era su abogado, dice que sus bienes estaban bien. Lupe queda rica. ¡Y con una mujer tan honrada, tan señora de su casa!...

—¡Oh!...

¿Honrada? Sí, sí. Jamás sobre el nombre de Luciano se posó la sombra de una sospecha del tamaño de una suciedad de mosca, que Guadalupe su mujer — o Lupita, como la llamó de novio y recién casado, o Lupe, como le decían todos sus conocidos, era hembra incapaz del menor desliz. Nunca las mujeres de su familia fueron de carne débil y los hombres que se maridaban con ellas podían ostentar hasta la muerte una frente libre del más ligero aditamento.

Pero era más lógico para mi egoísmo que el pobre hombre hubiese muerto víctima de la liviandad de su mujer, que no de aquella especie de virtud que todas las señoras hacendosas y los maridos de damas *dejadas*, le loaban.

Porque indudablemente *aquello* era lo que lo había llevado a su neurastenia y por último, al suicidio.

¡Dios todo poderoso, y cuántas locuras diferentes se incuban entre tu omnipotencia!

* *

Lupe entró y se sentó cerca de la cama. A ratos sollozaba, a ratos se quedaba silenciosa o respondía prolija a las observaciones de sus amigas y la palabra «ingrato» salía a cada momento de sus labios.

El recuerdo de todo lo que conocía de esa vida terminada que tenía ante mí, lo fui repasando en la memoria:

La niñez: Luciano es un chiquillo encantador a quien todas las mujeres besan con placer. Todavía en un viejo mueble de mi casa anda una fotografía suya, vestido de marinero en un bote, remando, con la rizada cabellera de oro cayéndole sobre los hombros.

Es un pasaje de la adolescencia. Se celebraba ese día en el patio del colegio un concurso de juegos de agilidad y fuerza. Luciano ganó todas las me-

(Pasa a la página 222).

BYRON

El héroe romántico

Los ochenta años de Anatolio France, cuyo jubileo ha celebrado Francia como el de un patriarca de sus letras, contrastan con los treinta y seis a que murió lord Byron, hace un siglo. Este último aniversario, el más notable de 1924, quitado el de Kant, se presta a confrontar los dos principios de siglo, tan semejantes en el perfil externo de los hechos: grandes guerras, seguidas de un recogimiento de Europa sobre sí misma, pero tan diferentes en la emoción que caldea el paisaje histórico. El principio del siglo XIX es una juventud apasionada y tumultuosa: es un comienzo. El del siglo XX parece una vejez cansada; tiene apariencia de final, de ocaso.

Si en algún hombre pareció demostrada la teoría de que el genio es una neurosis, fué en Byron. Venía de una familia de anormales. Admitiendo el hecho de la herencia psicopatológica, fué un bien para la poesía que el almirante abuelo de Byron fuese un extravagante; que su tío, el *malvado lord*, fuese un misántropo y un homicida; que su padre fuese un *homme a femmes*, un disoluto gozador de la vida; que su madre fuera una mujer fantástica, desequilibrada y extraña, agravada por el contagio conyugal. Prescindiendo de la hipótesis de la herencia, el medio familiar en que se formó Byron era propio para endurecer y desarrollar la personalidad, para hacer de ella algo magnífico o monstruoso, o las dos cosas a la vez.

En un ambiente familiar suave y ordenado, el carácter se doma, va disolviéndose en las normas. Nacido en una familia puritana de ordenadas costumbres; educado en un ambiente cordial y sereno, Byron no hubiera escrito probablemente el *Don Juan* ni el *Childe Harold*, ni hubiese realizado los hechos que escandalizaron a la sociedad inglesa. Sobre todo, no hubiera podido ser fácilmente la gran figura romántica que fué, encarnación de uno de los romanticismos, pues el romanticismo es un Proteo: del romanticismo religión de la pasión y de la personalidad.

Un poeta de honestas y arregladas costumbres, que observa el temor de Dios y el de la ley, que cultiva las prudentes virtudes de un buen padre de familia y vive como el mundo, es difícil que experimente el frenesí sagrado de la tribu de los apolonidas. Su poesía será de otra clase, tendrá

acaso una inspiración plácida y serena; será la poesía de un Sully Prudhomme. Mas no clamarán en ella las voces patéticas y desgarradoras del frenesí dionisiaco. A menos que las apariencias burguesas no oculten un drama interior; pero aún entonces las voces patéticas estarán contenidas y amortiguadas por las conveniencias.

* *

Aunque no hubiese escrito sus poemas, Byron habría sido una figura poética, un gran personaje de poema. Su vida fué una obra de arte, una magnífica y desordenada obra de arte, no la obra de arte intentada con estudio por el *snob* en colaboración con el sastre y la florista que pone la orquídea rara en el ojal, vida que al cabo no es más que un *pastiche*, una simulación. Byron laboró la suya con esfuerzo y osadía. Su voluntad no sirvió más que a su orgullo. Para corregir y compensar la inferioridad física que le infligía su cojera, lo lanzó fogosamente a los deportes más violentos y realizó proezas como la de cruzar a nado el Helesponto, como nuevo Leandro, pero con mejor fortuna.

Fué un precursor del superhombre de Nietzsche, entendido no a la manera de un profesor alemán, sino de un aristócrata inglés, que pretendía descender de uno de los caballeros normandos que pelearon en Hastings bajo las banderas del duque Guillermo. El orgullo aristocrático fué la pasión juvenil de Byron. Cuando recae en él la suspirada dignidad de lord, se estremece de placer al oírse llamar en las listas del colegio *dominus Byron*. Este sentimiento patricio se mantiene en él; mas el choque con el medio social lo transforma y le da otros vuelos. Este héroe y este vate del romanticismo tuvo su faz clásica. Es un Alcibíades, un héroe antiguo, digno de un Plutarco. Los grandes hombres de su época pertenecen a dos mundos: la llama romántica arde todavía en las ruinas del ara antigua. Goethe es a la vez como Byron, aunque de otra manera, clásico y romántico. En los dos *Fausto*, en *Werther*, en *Hermann y Dorotea*, hablan las lenguas y los sentimientos de aquellos dos mundos diferentes.

En el fin de Byron asisten los dos sentimientos: el clásico y el romántico. Muere en el suelo sagrado de la Hélada, a donde había ido a luchar



LORD BYRON

(Grabado de H. MEYER, según dibujo de G. H. HARLOW).

por la libertad de Grecia, y muere desengañado de los griegos. La insurrección helénica fué el primer movimiento de emancipación en Europa, con el que tuvo que transigir la Santa Alianza. Metternich, escéptico, inflexible, metódico, hombre de sistema, bien hubiera querido disponer en Verona la ejecución de la libertad griega, como se decretó la de la española. Mas entonces se vió el maravilloso poder de una cultura muerta. A los griegos los salvaron Homero, Esquilo, Platón, la pléyade sagrada de sus genios. La opinión europea era flohelena, creyendo que renacía la Grecia antigua. El motivo religioso influyó menos. La Europa occidental miraba a los griegos como herejes cismáticos, y las ortodoxias suelen ser más ásperas con los herejes que con los infieles. Bien lo demostraron los cruzados latinos saqueando a Constantinopla.

Esa misma cultura fué la que despertó en los griegos el espíritu nacional y les dió el estímulo de las hazañas cuando pasó por Europa la ráfaga romántica. Los griegos vivían sometidos al poder turco desde hacía siglos. Tenían parte en la administración otomana, gozaban en algunas comarcas de un gobierno autónomo. Los mercaderes griegos de las islas y de Morea acaparaban en sus factorías el comercio de Levante desde que, a consecuencia de la revolución, las naves de Marsella dejaron de monopolizar allí el tráfico y las mensajerías. Enriquecidos aquellos comerciantes griegos, crean escuelas y en ellas aprendieron que descendían de un gran

(Pasa a la página 220).

DEL MOMENTO

En el centenario de Byron

EL centenario de Missolonghi, el centenario de la muerte de Byron, coincide con la proclamación de la República griega. Pero lo interesante es determinar la profunda significación de esa fecha, comparándola con lo que llamaríamos el «valor épico» de la política actual.

La gesta de Byron en Grecia es el momento capital de la fusión entre dos tendencias aparentemente adversas: romanticismo y helenismo. Es una cruzada de la belleza. Así como las Cruzadas impensadamente produjeron un contagio de orientalismo en Occidente (y la cristiandad misma había sido una irrupción oriental en Europa), también la lucha emancipadora de Grecia produjo una corriente de orientalismo, cuya más típica manifestación se encuentra en las *Orientales* de Víctor Hugo. Pero lo que me interesa ahora no es hablar de las influencias literarias de aquella guerra, sino de su idealización, que había provocado el gesto heroico de Byron. Y prescindiendo, naturalmente, de la desilusión quijoteca que producía a sus visitantes la verdadera Grecia de entonces, tan diversa de la de Pericles. Ya Edmundo About pintó graciosamente ese contraste engañoso.

El romanticismo se presentaba como una vindicación estética, como un rescate de belleza. Y Grecia se ofrecía como patria eterna de la belleza. De aquí una identificación singularísima entre los románticos y el ideal helénico. Otras veces me he referido a ella, examinando sus manifestaciones más características. El romanticismo, grito de guerra contra el arte neoclásico, quiso ser una apelación al clasicismo contra sus desvirtuaciones; algo semejante al fervor religioso con que las herejías se presentan como vindicaciones de la doctrina original y pura, contra la interpretación tendenciosa de las ortodoxias.

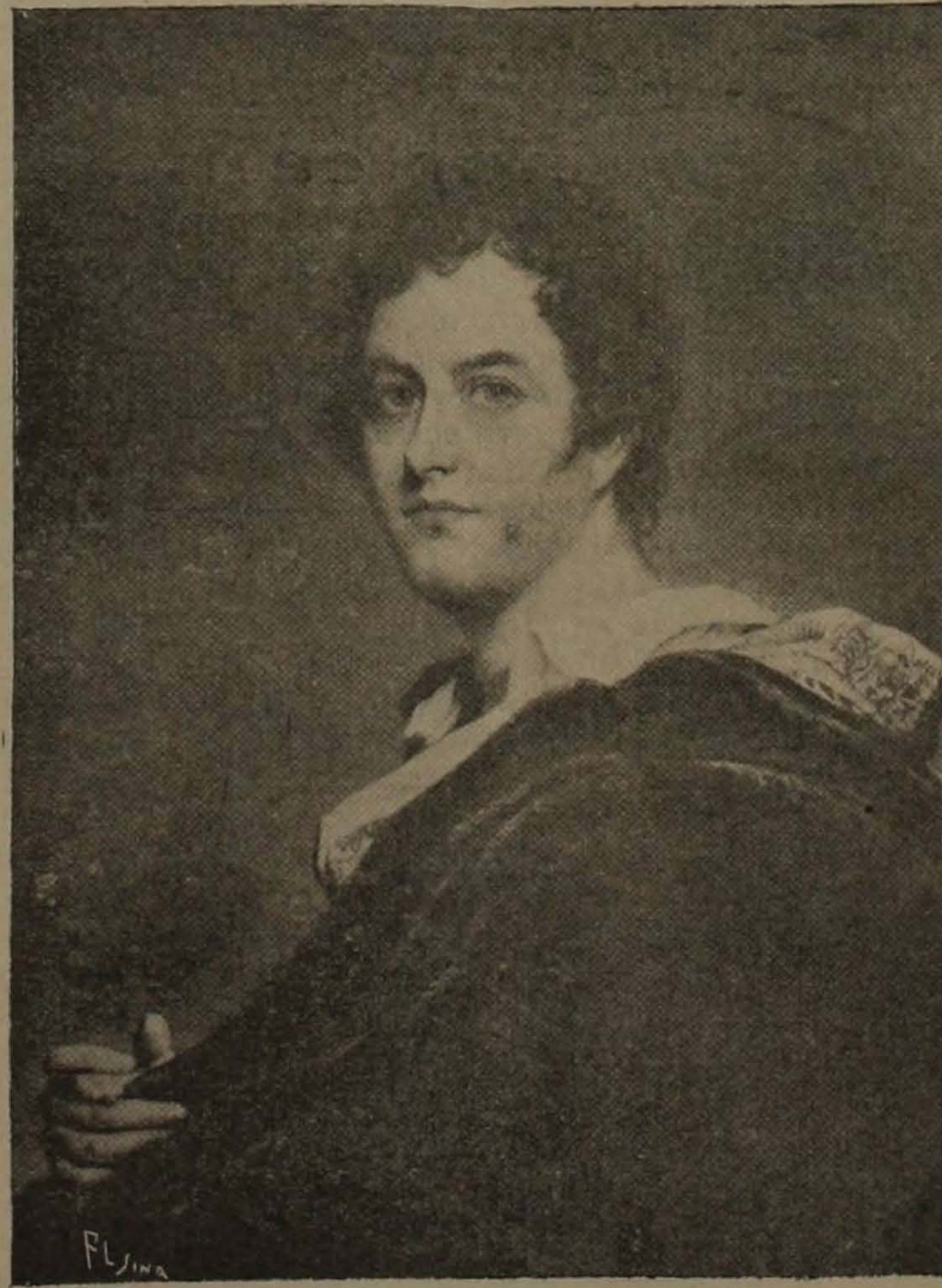
En otro aspecto, también la Revolución francesa (forma política de romanticismo) había sido una apelación al concepto clásico de

la soberanía, según la visión transfigurada que entonces se tenía de él. Atenas y Roma, como solares de libertad, tienen su leyenda; pero esa leyenda es la que vale como impulso actuante sobre la Historia.

Grecia, en su lucha emancipadora del yugo musulmán, o sea en su Reconquista, tuvo, pues, dos fuerzas ideales en su ayuda: el impulso político, que procedía de la Revolución y el estético, que procedía del Arte. Fue defendida como hogar nativo de libertad y de belleza. Sin duda, Víctor Hugo pudo sentir esa Grecia en su doble personalidad ideal; pero lord Byron, al acudir a ella, fué un campeón puramente poético, un nuevo Perseo cabalgando en su Pegaso para libertad a la cautiva Andrómeda. Hay un sabor dulcemente ambiguo en esa

empresa de libro de caballerías, que transfigura a Byron como uno de aquellos antiguos campeones del ciclo greco-oriental, curiosa reencarnación bárbara de los héroes clásicos. La libertad de Grecia podía ser un tópico fácilmente asequible al sentimiento democrático. Pero en el corazón turbulento de lord Byron la aventura nació de gérmenes muy diversos de aquéllos. La nativa aristocracia del poeta le impulsaba a la más fiera libertad personal; pero le mantenía ajeno a toda idea de plebeya dignificación o generoso redentorismo. Tal vez acarició la esperanza de hallar un trono para él en aquella tierra irredenta, como lo imaginó después Villiers de l'Isle Adam en una futura emancipación de Malta. Lo que no puede negarse es la suprema belleza del gesto de Byron; lo que importa es consignar la intensidad idealista con que entonces podían unirse todavía, en el pensamiento y el acto de un hombre superior, la política y el arte, los impulsos históricos de la libertad y las eternas normas de la belleza.

¿Contraste con los episodios actuales de la política europea? No intento abandonarme a triviales disquisiciones para indagar, en parangón, el progreso o la decadencia de nuestro tiempo. No me sería muy fácil apreciar el verdadero valor de la Grecia actual, comparándola con la de sus libertadores. Sin duda, la nueva República griega nos acerca al tipo ático de la Grecia ideal que todos llevamos en la mente como faro interior. En esa Grecia subjetiva y deparadora que imaginamos, el republicanismo ateniense ha triunfado sobre el caudillismo militar espartano, como invirtiendo los términos históricos de la guerra del Peloponeso. Pero las causas políticas que han hecho posible ese triunfo republicano, nuevo síntoma en la suprema crisis actual de las Monarquías, descubren una persistencia del antiguo militarismo lacedemonio... Esperemos



LORD BYRON

Por G. C. THURNER.

(Según el retrato que pintó W. E. West en Pisa, en 1822).

El 19 del pasado mes de abril recordó el mundo el primer centenario de la muerte de este gran poeta.

que la virtualidad civil, aneja a la forma republicana, producirá el verdadero renacimiento de las virtudes áticas.

Pero hay otra nacionalidad clásica, que ofrece más viva oposición con el momento idealista trasfigurado en Missolonghi. Ese pueblo es Italia, otro de los grandes amores de Byron, como de todos los románticos. Todavía, en esa vía sacra de Italia, quedan bien señaladas las huellas del gran aventurero inglés. Italia es el itinerario que le condujo a Missolonghi, en un ímpetu de heroísmo y martirio por la belleza. Esa Italia de entonces era la hija predilecta de la Revolución. Paralelamente a Grecia, su causa era una concordia fecunda de arte y libertad. Y así como el romanticismo proclamaba su apelación helénica contra el neoclasicismo, esa Italia irredenta absorbía el ideal romántico como un rejuvenecimiento de la nativa espiritualidad clásica, que el Renacimiento había adulterado con su rudeza carnal y su perversidad ética. La nueva Italia, ungida por la libertad, iba a inspirarse, como en un mito guiador, en la soberanía popular romana y en la herencia estoica, reaccionando contra la herencia epicúrea del renacimiento y la sofistería florentina. Mazzini iba a suceder a Maquiavelo. El poeta civil por excelencia, Carducci, sería a un tiempo hijo de la Revolución y de la más pura estirpe clásica...

Pero aquí está la penetrante lección de contraste entre el impulso idealista, coronado por el laurel funerario de Missolonghi, y la áspera lección de violencia que acabamos de recibir en la Italia actual. Satisfecho el irredentísimo libertador, hemos vuelto al condotierismo agresor e imperialista que en Corfú no temió atrear al archipiélago nativo de Foscola. Los poetas de ahora se atreven a la gesta de Fiume; pero no es la Libertad su musa conductriz, aunque sepan, en otras ocasiones, levantar su voz por las buenas causas... Ni siquiera es la sutil herencia maquiavélica (neosofista, neoateniense) la que inspira a los políticos de ese solar clásico aquella emanación renacentista que sólo Stendhal, entre los románticos, supo absorber. Es la herencia medieval, bárbara y ruda, que hierve todavía entre los tercetos dantescos.

Si Byron, de paso para su Grecia, recorriera de nuevo su ruta itálica, apenas la reconocería.

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).



Mi Verso de Junio

Para B. R.

Tu vida puede ser como una fuente
que brota cristalina de la tierra,
para saciar la sed de los jilgueros
o humedecer las raíces de las yerbas.

Puedes darle la mínima dulzura
de gota transparente que en sí encierra
todo el oro del sol, o la alegría
titilante con que arden las estrellas.

Puedes tenderla como un himno claro,
por la aridez de alguna roca seca,
o ponerla en un pétalo oloroso
donde venga a beber la rubia abeja.

Tu vida puede ser como una fuente
que brotando del seno de la tierra,
le brinde a Dios, en su simpleza pura,
un canto nuevo de alegría eterna.

CARLOS LUIS SÁENZ

Junio 12, 1924.

El petróleo y las elecciones norteamericanas

Los años de grandes elecciones son de gran espectáculo en América. En esto apenas existen diferencias entre Norte, Centro y Sur del continente americano. La revolución de Méjico no ha obedecido a otra causa que las elecciones presidenciales, y el escándalo del petróleo en Norte América no hubiera tenido tanta repercusión a ser descubierto en otra fecha. Sin duda está complicado un ex ministro, Fall; pero todas las ramificaciones que se han querido encontrar son más aparentes que reales, aunque no se reconocerá así hasta que se haya decidido la lucha por la Presidencia de la República. Entre tanto, los hombres del partido "demócrata" procurarán complicar en el asunto al mayor número posible de políticos del partido "republicano" y vice-versa. Toda la propaganda electoral se hace dondequiera a base de programas casi siempre utópicos y de invectivas que, en la mayoría de los casos, carecen de todo fundamento. Pero, lo mismo que se olvidan los programas, se olvidan acusaciones e invectivas, y no es raro que los enemigos de ayer concierten una estrecha alianza política al día siguiente del escrutinio. Mas si el partido de oposición tiene la fortuna de descubrir, antes de la elección, un escándalo del partido del Gobierno, el alboroto toma las más gigantescas proporciones. Co-

mo muy pronto tendrán lugar las reuniones de los partidos "democrático" y "republicano" norteamericanos, para designar sus candidatos respectivos, y en toda la lucha electoral el escándalo petrolífero ha de tener una constante influencia, es oportuno recordarlo.

A principios de 1922, siendo Presidente el fenecido Harding, el Gobierno concedió la explotación de los pozos de petróleo del Estado a dos de los mayores Sindicatos petrolíferos de Norte América, reservando el 35 por 100 de la producción a la Marina de guerra. Este acuerdo causó alguna sorpresa, porque hasta entonces la política seguida por los Gobiernos había sido justamente la contraria, y los yacimientos de petróleo estaban totalmente confiados al ministerio de Marina. Pero se creyó sencillamente que Harding iniciaba una política mixta de concesión libre y de restricción a favor del Estado. Poco después, el ministro del Interior, Fall, que había firmado el contrato, dimitió, y uno de los Sindicatos concesionarios le nombraba su abogado y en su nombre llevó una gestión en Rusia. Después, Fall dejó también este cargo y adquirió una gran hacienda agrícola en el Estado de Nuevo Méjico. Todos estos hechos despertaron la murmuración, y acabó por saberse que Fall había recibido

dinero de los dos Sindicatos: de uno, 100.000 dólares, y de otro, 25.000. Una investigación parlamentaria y otra judicial pusieron al desnudo el escándalo y probaron que Fall había tomado el dinero, en concepto de préstamo, pero sin intereses, sin garantía y sin plazo de devolución.

El presidente de la Comisión del Senado es un «demócrata» que, aunque no fuera por política, estaba obligado a investigar todos los actos del Gobierno relacionados con las concesiones petrolíferas. Así que, después de Fall, fué puesto en entredicho el ministro de Marina Denby, y más tarde, el difunto Harding, porque, concedida por el Congreso la administración de los terrenos petrolíferos al ministerio de Marina, Denby propuso que pasara al ministerio del Interior, y Harding decretó el traspaso. Después se ha atacado también al Presidente Coolidge, que era entonces vicepresidente y es el probable candidato «republicano», y, en fin, al ministro de Justicia, por su inactividad al ser descubierto el hecho. Pero el escándalo no ha terminado en el Gobierno, sino que ha dejado entrever el enorme campo de acción de los negociantes de petróleo, que se extendía al periodismo y a toda clase de políticos, cuya benevolencia y apoyo se conquistaba mediante cargos remunerados parecidos a los de consejeros de administración que disfrutaban nuestros viejos políticos. En la redada han salido Mac Adoo, yerno de Wilson, antiguo ministro del Tesoro, y Gregory, también ministro de Justicia con Wilson. En suma: no ha quedado títere sano; y si los «demócratas» acusaron al principio a los «republicanos», éstos han podido envolver también en el mismo escándalo a personajes considerables del partido «demócrata», entre ellos a los dos nombrados, uno de los cuales, Mac Adoo, probablemente hubiese sido el candidato de los demócratas para la Presidencia.

La mayor parte de las acusaciones han resultado infundadas: pero la opinión recela de la moralidad de ambos bandos, y tal vez a esto se deban los rumores de formación de un tercer partido, el «radical», que recogería fuerzas muy importantes de las dos grandes alianzas demócrata y republicana. Según la Agencia Havas, el candidato «radical» para la Presidencia sería el senador La Follette, y su intervención en la lucha electoral revestiría tal trascendencia que, probablemente, ni el candidato demócrata ni el republicano reunirán la mayoría necesaria para ser proclamados Presidentes.

(El Sol, Madrid).

LOS IMPERIALISTAS AMERICANOS

Pretendían formar una República en la zona petrolífera mexicana para anexionarla luego a los Estados Unidos

En uno de nuestros editoriales de ayer recogíamos, al hablar de las elecciones norteamericanas, el escandaloso asunto de los petróleos. La calidad de las personas complicadas y la misma cuestión en sí, que tanto importa a los países interesados en las diversas zonas de petróleo del mundo, ha hecho que los incidentes a que están dando lugar las investigaciones de la Comisión del Senado tengan una gran representación internacional.

Por lo visto, los manejos del ex-

esperanza a los imperialistas americanos, si no conseguían por todos los medios acabar con el Gobierno de la República o arrancar a Méjico la zona petrolífera. Claro es que lo más fácil, al parecer, hubiera sido ir contra el artículo de la Constitución que se oponía a la influencia del capital extranjero; pero entonces no se hubieran encontrado aliados ni en los Estados Unidos ni en Méjico.

El plan del grupo imperialista americano, según la prensa de Méjico,



Méjico, tal como lo habrían dejado los imperialistas yanquis. La parte rayada habría sido un territorio independiente, anexionable a los Estados Unidos.

ministro Fall, que estaba al servicio de los capitalistas norteamericanos, iban más allá de las fronteras nacionales; Méjico y Colombia han descubierto ahora todas las maniobras de los capitalistas americanos, admirablemente trazadas por Fall, y nos parecen tan interesantes que no queremos privar a nuestros lectores de un sintético relato.

El grupo de imperialistas americanos que ejercía influencia en Méjico en los católicos tiempos de las revoluciones sin programa, consideró que la Constitución de 1917 iba a hacer imposible en el futuro su poderío. Hasta entonces, los Gobiernos mejicanos habían sido, generalmente, Consejos de Administración de los capitalistas extranjeros. Al declarar Méjico que el suelo y el subsuelo serían de la propiedad de la nación, cerraba toda

era el siguiente: Conseguir que la Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y una gran parte del Norte de Veracruz, se constituyeran por el pronto en República independiente, para pedir luego su anexión a los Estados Unidos. Para esta empresa contaba el ex-ministro Fall con todo el dinero que fuera necesario, según el ofrecimiento hecho por importantes Compañías norteamericanas que tenían negocios en Méjico y con la cooperación de algunos elementos militares mejicanos que estaban en pugna con el Gobierno de la República. Damos un gráfico para que el lector se forme idea de la parte de territorio que pretendían arranca a Méjico, que es, cabalmente, lo que constituye su zona petrolífera.

Como se ve, las aspiraciones de los

imperialistas americanos eran acabar con la República, pues la zona que había de quedar, por el pronto, independiente, tendría que someterse, más o menos tarde, a la influencia americana.

Las dos tendencias

Dentro del Gobierno de los Estados Unidos, poco antes de la muerte de Harding, había dos tendencias para resolver el caso de Méjico: una, la de Fall, que era opuesto a toda inteligencia con cualquier Gobierno de Méjico que no declarara abolida la Constitución de 1917. Para conseguir este propósito procuraba a toda costa que no hubiera paz en Méjico. La otra tendencia la representaba Harding; era enemiga de la intervención armada en Méjico y rechazó siempre todas las insinuaciones hechas para ayudar a los revolucionarios mejicanos.

Los que querían la desmembración de Méjico prepararon la rebelión de julio de 1921 en la zona petrolífera del Golfo. Su propósito fué provocar un conflicto internacional por medio de vejaciones y daños a los ciudadanos americanos y a sus propiedades.

El fracaso de este plan les hizo cambiar de táctica. Protegieron entonces a los generales Rodríguez y González, que prepararon en territorio americano una expedición a Chihuahua, para alzar aquella zona contra Obregón. Detenidos éstos, Buckley, uno de los directores de la expedición, envió a Fall el 5 de marzo de 1922 el siguiente despacho:

«Acabo de recibir un Mensaje de Hauson, procedente de El Paso, Texas, informándome que nuestro abogado ha fracasado en sus gestiones para obtener que nuestros amigos—se refiere a los generales Rodríguez y González—sean puestos en libertad bajo fianza de 20.000 dólares. Urge que se haga una recomendación a Johnes, de San Antonio, para arreglar el asunto.—Buckley».

En efecto, a los pocos días fueron puestos en libertad.

Hubo algunos momentos en que Fall contaba con la decisión del general Murgia, de cierto prestigio, para que se pusiera al frente de los revolucionarios; pero al descubrir el fondo del asunto, que no era otro que el de ir en contra de la Constitución de 1917, se negó a trató con Fall, internándose en Méjico por su cuenta, donde murió a poco tragicamente.

Fall quiso ponerse en relación con Villa para que aceptara su concurso contra el Gobierno de Méjico. Villa mató al primer emisario del ex ministro americano. El segundo enviado, apellidado Silva, al conocer la muerte

de su antecesor, vendió a Carranza los pliegos que llevaba para Villa.

Son numerosos los documentos que publica la prensa mejicana para probar esta información, y todos ellos justifican que los movimientos revolucionarios de Méjico en estos últimos años han obedecido a las ambiciones imperialistas de un grupo de capitalistas americanos, poniendo de relieve la importancia que tiene para aquella República la Constitución de 1917, que tan mal efecto produjo a Fall y a sus amigos.

(El Sol, Madrid).

Byron...

(Viene de la página 216).

pueblo antiguo maestro de la Humanidad.

La lengua fué como el arca donde se conservó el tesoro de aquella herencia. Hubo entonces un salto atrás histórico: los nuevos griegos no anudaron sus esperanzas con la tradición más inmediata, con la del Imperio bisantino, que se creía romano, la Roma de Oriente, sino con la Hélada remota de los poetas y los héroes. El dinero de los mercaderes griegos y sus buques, artillados para defenderse de los piratas del Mediterráneo, se trocaron en instrumentos de la independencia.

Byron llegó a ellos con el prestigio de una figura de Plutarco. Tuvo el privilegio de los elegidos de los dioses: morir joven, antes de las decadencias, después de una vida intensa. Su mejor sepulcro hubiera sido el que ofrecía la Hetairia a aquel bárbaro ilustre: el Parthenon, bajo la égida de Minerva y el dorado sol del Atica. Prefirió volver a la brumosa Inglaterra; pero aunque ésta le hubiera otorgado los honores de su gótica Abadía, no hubiera sido enterramiento comparable al del blanco templo de la Acrópolis destacado sobre el luminoso cielo de Grecia, y que aun en ruinas habla de eternidad.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

Canción de la recién nacida

Sol de la mañana, sol del mes de julio, hazme luminoso, que nació mi niña. Parecer quisiera resplanior del cielo, ser todo glorioso en gloria de la hija. Mirarla con unos tan serenos ojos que mirarla fuera mirarla y ungirla. Tenderle unas manos que sólo se hubieran arrimado a castas blancuras divinas. Besarla con unos purísimos labios que sólo supieran palabras purísimas. Quererla con alma renovada y buena... y recién nacida...

Sol de la mañana, ponme luminoso, que nació mi niña.

Cuando en la primera mantilla rosada ya me la mostraban a mi pequeñita, lágrimas del alma lloró mi ternura... Y tuvo rocío la flor de mi vida.

Abrieron los cielos doseles azules, los cielos que estaban color de ceniza, húmedos y fríos, lloviendo, lloviendo hasta siete días.

Oyóse en el barrio canción de canario.

En la casa de altos los niños reían.

La mañana estaba vestida de fiesta

y el sol alegraba la mañana linda.

Los cielos abrieron en tiendas azules bajo un gran sol de oro, cuando ella nació.

Agrándese el mundo, y el que espera,

[espere;

porque a la esperanza le ha nacido amiga.

Sostén halló el débil y bordón el pobre que por los cansados caminos camina.

Ahora de cierto se aumentó en el mundo la paz y la dicha.

Ahora de cierto verán las estrellas las cosas mejores, mejor protegidas.

Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;

y vosotras, horas, bailad de alegría.

Y tú misma, estrella de la noche, alégrate, que a tí misma, estrella, te ha nacido amiga.

Ah, quién me dijera que del barro mío esta flor naciera, esta luz saldría;

de mi gran pobreza este gran regalo...

este gran regalo de mis pobrerías...

Alégrese el mundo, y el que fía, fíe, que a la fe le acaba de nacer amiga.

Por las calles salgan, a los parques vengán, que nació mi niña.

Tremolen banderas en los bulevares, repartan confites en las avenidas.

Aviadores vuelen por los claros cielos

y arrojando vayan moneditas limpias.

Llamad a los niños y abran siete puertas a todos los niños las jugueterías.

Párese el martillo, descansen la pala, quédese la aguja donde está, prendida.

Canten jubileo por toda la tierra,

que nació mi niña.

Entrese a la rada, donde todos vean, buque milagroso que atraque en la orilla.

Bájense del buque marineros fuertes

y saquen las cargas de sus maravillas.

Que haya para todos y cada uno tenga lo que necesita.

Y bajen tesoros en arcas profundas y esténse bajando tesoros cien días.

Que haya para todos y cada uno tenga lo que más quería.

Agrándese el mundo, y el que sueña, sueñe; que cosas soñadas se verán cumplidas.

Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;

y vosotras, horas, bailad de alegría.

Ahora en la cuna de blancos cendales se durmió confiada la recién nacida.

Y la madre canta, sin saber que canta:

Duérmase mi niña...

A. CAPDEVILA

(Envío de P. H. U.)

El primer viaje aéreo alrededor del globo

Hace algún tiempo se habló en estos editoriales de un proyecto de primer viaje alrededor del mundo en aeroplano por los famosos aviadores portugueses Coutinho y Cabral. El plan de estos nautas era seguir por el aire la misma ruta que con sus bajeles surcó Magallanes por el mar en el primer viaje de circunnavegación. Pero ingleses y norteamericanos se han adelantado a este magnífico ensueño de nuestros vecinos, y el aeroplano británico, que hace pocos días tuvo un tropiezo en el cielo de Italia, debe de volar ya sobre Egipto, tal vez más allá, por Bagdad. El interés de la aventura está tanto en ella misma como en el duelo aéreo angloamericano por la conquista del cielo del mundo, porque al mismo tiempo que el aeroplano inglés levantaba el vuelo, tres aparatos se alzaban del suelo norteamericano para hacer también este rizo de los rizos que es dar la vuelta al mundo. Los ingleses siguen en su ruta el movimiento de la Tierra de Occidente a Oriente, mientras que los americanos «buscan el levante por el poniente», según la frase de Cristóbal Colón. El camino es el mismo próximamente, aunque seguido inversamente. Las dos expediciones se encontrarán probablemente en el cielo del Japón.

El viaje—seguiremos el itinerario inglés—se compone de treinta etapas, que suman en total 40,000 kilómetros, divididos a su vez en cinco secciones. La primera es Caisnot (Inglaterra), Roma, Atenas, Cairo, Bagdad-Karachi (India). La segunda, Karachi, Calcuta, Bangkok, Hong-Kong, Sanghai, Tokio. La tercera, con diversas etapas, de Tokio a Vancouver (Canadá). La cuarta, de Vancouver a Ottawa. La quinta, de Ottawa a Inglaterra. Menos la segunda, todas empiezan y acaban en dominios y posesiones inglesas. La preparación del viaje ha durado dos años; en toda la longitud de la ruta, los ingleses han dispuesto motores para el recambio, depósitos de gasolina y una completa red de informaciones meteorológicas. El motor es de doce cilindros y mil caballos de fuerza; la velocidad media prevista será de 160 kilómetros hora; es decir, que el viaje en total

exigirá, aproximadamente, trescientas horas de vuelo, con el retraso que impongan las fuertes corrientes aéreas sobre el Atlántico y el Pacífico. La parte más difícil del viaje es la travesía del Pacífico, a la cual se prepararán los aviadores ingleses en Tokio, donde están dispuestos los motores de recambio y el revisado completo del aparato. De Tokio, el aeroplano no se lanzará a pleno Pacífico, sino que

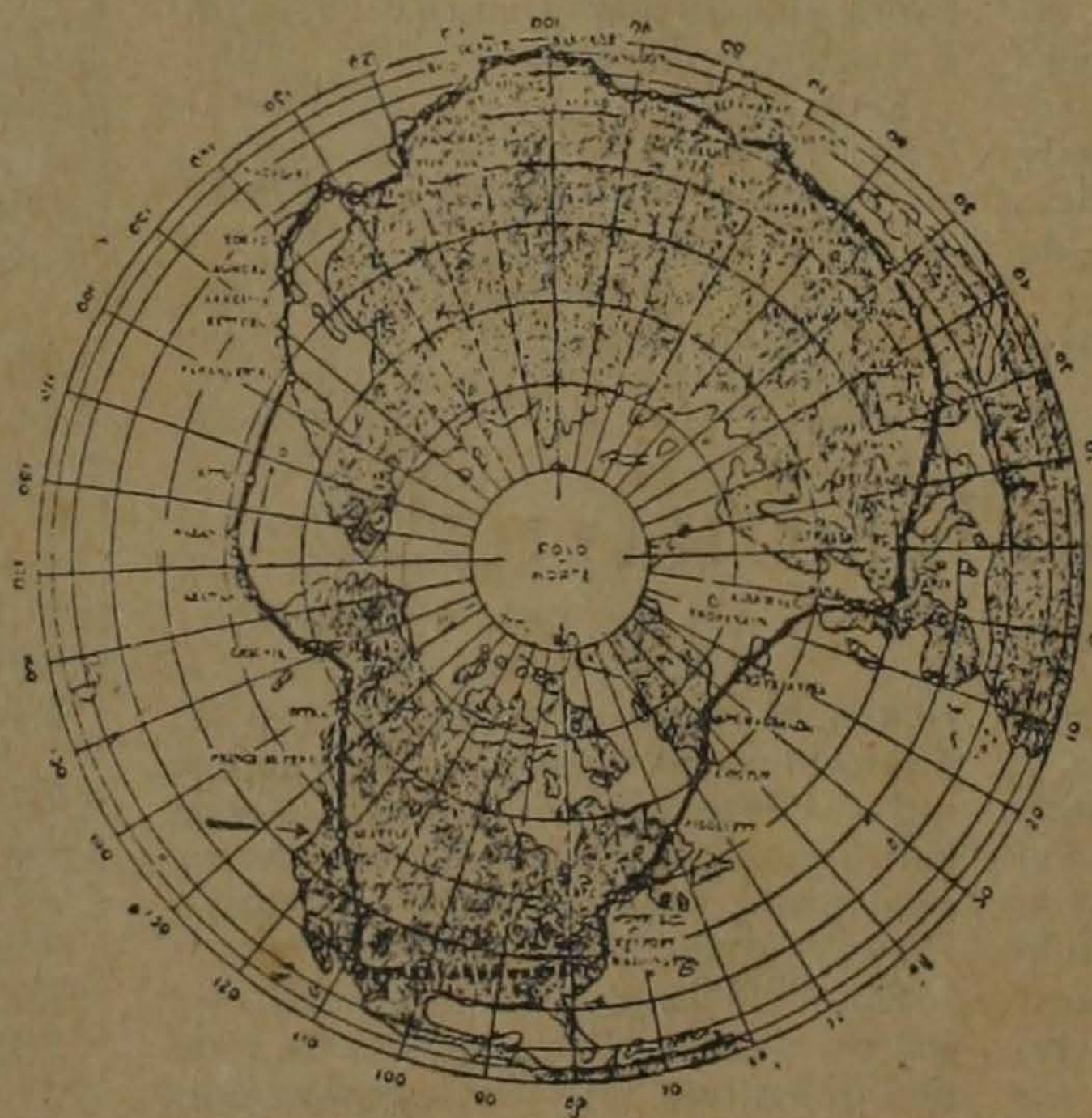


Gráfico del vuelo alrededor del mundo, iniciado por los pilotos norteamericanos.

seguirá la línea de las islas del Japón, las Kuriles, península de Kamchatka, islas Olenki, y ya desde allí, sin posar el vuelo, hasta Alaska. Sin embargo, las dificultades no son, por esto, mucho menores, porque son tierras inhabitadas, volcánicas, rocosas, de difícil

Una obra de Ameghino

De *La Cultura Argentina*, Casa editorial de Buenos Aires—ejemplar por el desinterés y patriotismo de que está animada—hemos recibido un ejemplar de la 3ª edición de *Doctrinas y Descubrimientos*, de que es autor el sabio del Plata, FLORENTINO AMEGHINO.

Por el sumario de la obra, ya se juzga su valor. Helo aquí:

I.—Geología, Paleografía, Paleontología y Antropología Argentina. II.—Paleontología Argentina. III.—Origen y Emigración de la Especie Humana. IV.—Credo filosófico.

Con tres colones es posible adquirir esta obra.

aterrizaje, cubiertas de ordinario por insidiosas brumas. Además, en las islas Kuriles viven pájaros marinos, que se reúnen en densas nubes y se teme se precipiten sobre el aparato. No menos difícil es la travesía del Atlántico, que comenzará en Montreal, y por la isla de Terranova y las Azores, acabará en Lisboa, de donde el aeroplano inglés se dirigirá a Madrid.

Todo este itinerario corre por el hemisferio boreal; es decir, al norte del Ecuador. En esto se diferencia del proyecto de los portugueses, que habían de volar casi siempre por el hemisferio austral, de Portugal a América del Sur, desde ésta a las islas de la Sonda, y luego, rodeando el Africa, a Lisboa de nuevo. Pero los ingleses han preferido el viaje setentrional, al amparo de la gran masa de los continentes; así la travesía del Atlántico, con ser arriesgada por el Norte, lo es mucho más por el Sur, donde apenas hay tierras y el aeroplano tendría que sostenerse días enteros en el aire, buscando las pequeñas islas, como una mosca que buscara una hormiga en la extensión inmensa del Océano. Pero ya sabemos cómo, en su travesía del Atlántico, llegaron exactamente con su aparato de derivación a la isleta brasileña que habían escogido para el aterrizaje.

El viaje durará en vuelo trescientas horas, y en total cuatro o cinco meses. Todavía es un ideal la vuelta al mundo en ochenta días, que relató Julio Verne. Al mismo tiempo, Amundsen ensaya pasear en un vuelo sobre las soledades del Polo, y por otro lado, empléase el aeroplano para fines tan poco bélicos como el levantamiento de planos catastrales. Entre tanto que llega el momento en que el aeroplano se domestique, contemplemos este gran «match», esta formidable competición política y deportiva de dos potencias—Inglaterra y Norteamérica—por el cielo de nuestro mundo.

(El Sol, Madrid).

Epistolario de Unamuno

Sr. D. M. G.

Habana.

Gracias, señor mío, por su carta.

Me trajeron á esta remota isla se diente sin decirme por qué y sin preceder proceso ni expediente alguno. En rigor por ser el más eficaz adversario del régimen de dictadura imbécil que está envileciendo y encanallan-

do a España. Y no es sino el desquite de los germanófilos de 1917, o mejor de los carlistas.

Estoy dispuesto a que este confinamiento sea a costa del Directorio, o mejor de su Presidente que por sí mismo, y por instinto ruin de venganza individual, lo decretó en uno de sus accesos de cretinismo *tremens*. El pobre es de los que primero disparan y después apuntan.

Como he enseñado a trabajar a mis hijos, hay tres de ellos que pueden sostener, sin mi ayuda, a mi familia toda. Es lo que no previó el Primo de Rivera ese, que después de haberse jugado la fortuna de sus hijos—la que le llevó en dote su mujer—ha asaltado el poder prevalido de la cobardía del rey y del ejército, para rehacerla. Ni hay modo de tratar con un sujeto educado en timbas, prostíbulos y tabernas y que hace poco echaba toda su influencia para que no se le procesara a una ramera vendedora de drogas.

No pienso salir libre de aquí hasta

que no quede nuestra pobre España libre también de esa taifa de jugadores, libertinos, alcohólicos y carnívoros que la están deshonorando. Y blasfemos, pues que invocan el patriotismo.

Y este envilecer a España lo hacen a posta y adrede, rabiosos por su fracaso. Porque han fracasado, ya que todo el elemento civil decente y lo mejor del militar los repudia. Es una venganza sádica.

Y peor aún que su perversidad cínica y desvergonzada es su tontería. El pobre Dictador es vicioso e inmoral de puro tonto; su escasez intelectual le impide discernir lo que es digno de lo que es indigno.

Pero esto se acabará pronto. Y habrá servido para poner al desnudo a muchos hombres.

Le saluda.

MIGUEL DE UNAMUNO

Puerto Cabras de Fuerte-
ventura, 21, marzo de 1924.

(España Nueva. Habana).

¡El pobre Luciano!...

(Viene de la página 215).

dallas. En ese instante lo veía como lo viera en la carrera, al llegar a la meta, con los cabellos radiantes y alborotados sobre la frente vencedora, las mejillas ardientes, el soplo de la vida agitando el blanco pecho desnudo y los labios sonrientes y victoriosos.

Después, ya mozo, apuesto y fuerte, adorado por las mujeres, entre las cuales sembró pródigo ilusiones, y las hizo suspirar y llorar mucho y hasta morir y entrar en conventos.

Seguramente fué en los campos femeninos en los que se diera más gusto de la cuenta y en donde dejó bastantes fuerzas que más tarde le hicieran falta.

Estuvo en Europa y cuando regresó tenía treinta años, estaba soltero todavía y traía los pelos de la cara arreglados como hacía con los suyos el Cardenal Richelieu. También trajo con esta moda capilar la costumbre de mezclar en su conversación y correspondencia expresiones francesas. Y todo esto, además de sus otros encantos personales, volvía locas a nuestras damas.

Fué en la tarde de un domingo, a la entrada del verano, cuando el pobre Luciano Montenegro conoció a Lupita Herrera. Estábamos en un recreo en uno de los parques, y la luz del sol, la música de flautas, pistones y clarinetes y las notas claras de las risas jóvenes y de los trajes claros ponía en el ambiente su filtro propicio al Amor. Aho-

ra pienso que en aquel instante el jardín público no era otra cosa que una red de cazar maridos: las mallas estaban formadas por música, luz del sol poniente y mujeres jóvenes y bellas.

Pasó Lupita Herrera.

Entonces Lupita Herrera estaba en sus veinte años y pocas veces he visto una juventud más encantadora que ésta.

Era alta, delgada y tenía un modo de moverse ondulante que a la par cautivaba el sentimiento estético e inquietaba la sensualidad. Era rubia y al verla se pensaba en un pino joven con la copa bañada por el sol. Como punto final de tantas gracias, Nuestro Señor le había puesto un lunarcito azul en una mejilla, lunar que el pobre Luciano llamaba con deleite *le grain de beauté* de Lupita.

Esa tarde la niña llevaba un traje lila vaporoso, y un sombrero de paja de Italia adornado con violetas, cuyas alas flexibles le abanicaban el rostro en donde los dioses habían puesto todas sus complacencias.

Y el pobre Luciano cayó en el lazo que el genio de la especie, en combinación con el Estado, que ofrecía la música halagadora de los sentidos y la imaginación, le tendían. Quiero decir que se enamoró como un loco de Guadalupe, y al cabo de un año se casó con ella.

Pero si se casaron, no fueron muy felices como reza en el final de muchos

cuentos de hadas. Y no lo fueron, porque del cuerpo gentil de Lupita—comparado por mí con un pino joven, etc.—de aquella cabeza salpicada por la gracia en una mejilla, comenzó a asomar la puntita de una manía que poco a poco fué adquiriendo tremendas proporciones. Para la mayor parte de las damas y caballeros serios no se trataba de una manía sino de una virtud: la del orden en su urna de limpieza. Para el pobre Luciano era un verdugo con aires de virgen inocente. Todo el afán de orden y aseo de sus abuelas estaba almacenado en esa cabecita que un día me pareciera la copa de un pino adolescente bañada por el sol.

Comenzó por cerrar el comedor, magnífica pieza con aparadores cargados de cristal y plata. Pero ellos dos, ¿a qué bueno desarreglar la pieza y hollar los bruñidos pisos? Mejor era poner una mesita en cualquier rincón y allí celebrar más en confianza el rito de alimentarse.

Con el tiempo vino el abandonar la alcoba tan llena de los recuerdos amorosos de los primeros días, y pasar a otra pieza más sencilla. ¡Daba lástima tener que desarreglar la cama cubierta con su colcha de seda tan lisa, tan lisa, y además le daba terror que la criada al hacer el arreglo cotidiano fuera a quebrarle alguno de los adornos distribuidos por el tocador y las repisas. Guadalupe en persona era quien hacía la limpieza de la habitación—cuando había que hacerla—siempre cerrada para que el polvo no fuera a poner su vulgaridad sobre el brillo de los muebles o la fragilidad de las porcelanas. Como en ese tiempo no se usaba entre nosotros que los matrimonios hicieran noche aparte, ni las camas gemelas, sino aquellos tálamos como templos, immanejables, Guadalupe con todo y su *grain de beauté* se escurría de panza bajo el lecho matrimonial y martirizaba el piso hasta no dejarlo sino como un remanso de agua cristalina. De allí le costaba a Luciano sacarla con súplicas y discursos, a él, que en los últimos tiempos se había vuelto tan casero y tan amigo de estar en zalemas y besuqueos con su mujer. Después estaba siempre en persecución de las huellas que las plantas humanas dejaban en los pisos; y criada y señora andaban diariamente a la zaga del infeliz, sacudiendo con saña cuanto granito de ceniza se escapaba de su cigarrillo. Además, el olor del tabaco producía náuseas a Guadalupe y Luciano tuvo que dejar su vicio para de puertas afuera.

Recuerdo haber oído a este palo humano de limpiar pisos, dando órdenes a un criado para que borrara ante mis ojos las marcas que en un día de lluvia dejaron mis zapatos en el zaguán.

Y lo mismo aconteció a otros amigos de Luciano.

La casa fué adquiriendo bajo aquella idea de un lugar para cada cosa y cada cosa eternamente en su lugar, un aspecto frío de museo de curiosidades.

Pero lo terrible fué cuando nació Juan José, el hijo mayor que ahora iba a cumplir sus veinte años. Mientras fué un niño de brazos, la limpieza y el orden pudieron seguir su curso normal, pero cuando el pequeño comenzó a caminar y a quebrar chucherías y a dejar pocitos aquí y allá, entonces fué desterrado despiadadamente del hogar, junto con la china. Mi hermana Estefanía me contaba que bastantes veces fueron a su casa los hijos de Guadalupe y Luciano con su niñera, a buscar refugio durante un aguacero, porque en su casa no tenían cabida; y recuerdo haber encontrado a uno de ellos entretenido jugando con el contenido del cajón de la basura, manchándose el lindo trajecito de seda, mientras la criada conversaba con nuestra cocinera. Seguramente Guadalupe creyó cumplir con sus deberes de madre, vistiendo a su hijo cual si se tratara de un muñeco caro, con encajes, muselinas o sedas, peinándole los colochitos de oro y perfumándolo con polvos opoponax; concluida esa tarea, lo echaba a la calle con su china para que no le ensuciara los corredores de mosaico.

Una vez oí decir filosóficamente a la niñera de Renée, la hija que ahora tenía dieciocho años:—¿En dónde nos tocará pasar este año los aguaceros a Renecita y a mí? El año pasado íbamos a escampar casi siempre en la zapatería de la esquina.

Probablemente llegó un día en que el pobre Luciano no pudo más, y después de haber estado alejado de mí durante mucho tiempo, fué a buscarme para contarme su pena: en su casa no era más que una víctima de la manía o virtud de orden y aseo de su mujer, hacia quien sentía ahora una especie de tirria. Ya no la llamaba Lupita, sino Guadalupe.

¡Qué aspecto decaído tenía ese día! Mientras me hacía confidencias, yo contemplaba su rostro adornado con aquella su barbilla y sus bigotes a la Richelieu, lacios en este momento, las guías no enhiestas ni conquistadoras, sino caídas a los lados de la boca; y me embargó una profunda lástima por él. Era la primera vez que yo ponía atención de esa manera, en la figura de mi amigo y pensé en el día en que la vanidad lo decidiera a llevar así los pelos de su cara.

Había engrosado mucho, y el color encendido del rostro y cierta hinchazón de los párpados, me hicieron temer su incontinencia en la bebida.

Después volvió muy a menudo y en

su traje descuidado se vengaba de la limpieza y esmero de su hogar.

Su voz y sus gestos revelaban odio por la esposa, que ya no era la gentil criatura de antaño, sino una despótica dama con tendencias a la obesidad.

La parte de su casa que más lo exasperaba era el zaguán de bruñido pavimento, paredes inmaculadas y ambiente sombrío.

Apenas los niños tenían edad, iban a pasar a algún internado: los chiquillos al Seminario, la niña al Colegio de Sión.

Luciano huía de su hogar como un pájaro huiría de una urna de cristal, de esas bajo las cuales guarda una imagen entre floraciones de oro y plata, una doncella vieja y meticulosa. Le tenía horror a sus muebles reticentes, a sus pisos como espejos y a su frialdad.

Tuvo aventuras amorosas fuera de casa, lo cual dió lugar a escenas terribles con su mujer, que era muy vanidosa y no quería pasar a los ojos de sus amistades por esposa engañada.

Por fin la neurastenia se apoderó de su ánimo y los años transcurrieron con el espíritu agarrotado por las cuerdas fuertes, aunque imaginarias, de esta enfermedad cruel.

Y ahora estaba allí, ante mí, con el cráneo agujereado por una bala.

La voz gemebunda de Guadalupe contaba por centésima vez el suceso a alguien que acababa de llegar:

—Luciano fué contra su costumbre al dormitorio grande, que nadie usaba, y al poco rato oyeron la detonación. Cuando acudieron estaba tumbado boca arriba sobre la cama, los sesos sanguinolentos sobre la colcha de seda!...

Yo pensé: fué su última venganza, inutilizar alguna de aquellas colchas de seda que Guadalupe extendía sin una arruga sobre el lecho matrimonial.

Entró Renée, la hija bautizada con un nombre francés porque nació en la época en que Luciano se complacía en mezclar términos de la lengua de oil en su conversación. Era gentil y esbelta como la madre... Pero ¿llevaría enroscada dentro de su cabeza en flor alguna manía exasperante?

CARMEN LIRA

Junio de 1924.



Ni caudillos, ni feudos

Bogotá, abril 30 de 1924

Vargas Vila.

Barranquilla.

Bogotá hubiérale tributado ovación que merecen su talento y su carácter. Estréchole la mano cordialmente.

RICARDO TIRADO MACÍAS

Barranquilla, mayo 3 de 1924

Ricardo Tirado Macías.

Bogotá.

Parto de aquí adolorido no poder ir Bogotá en esta hora trascendental de fuerza, y nueva orientación de la conciencia liberal hacia el culto de las ideas, volviendo la espalda al culto de los hombres;

ideales y no caudillos;
partidos y no feudos;
esa debe ser la divisa del momento;
le tiendo cariñosamente la mano y le digo adiós;
viejo amigo;

VARGAS VILA

Medellín, abril 30 de 1924

José M. Vargas Vila

Barranquilla.

Bienvenido a la tierra colombiana. Séanle propicios los aires de la patria. Amigo reconocido.

C. E. RESTREPO

Barranquilla, mayo 4 de 1924

Carlos E. Restrepo

Medellín,

Contesto agradecido el saludo del Patricio Ilustre, del Maestro de la Probidad en el Poder y me despido de él estrechándole la mano.

VARGAS VILA

(El Día, Barranquilla).

Sanín Cano

Se ha dicho por la prensa de Barranquilla que Baldomero Sanín Cano, vendrá próximamente a Colombia y ocupará su curul en la Cámara de Representantes. La noticia nos alegra vivamente. Sanín Cano es uno de los intelectuales de pensamiento más rico y más nuevo que tiene el país, y seguramente el escritor colombiano de hoy más conocido en Europa y Sur América. Sanín Cano se ha formado en la agitada vida occidental de esta última época una mentalidad eminentemente moderna, un espíritu saturado de actualidad, sacudido por las inquietudes ideológicas de la Europa contemporánea. Sus escritos para la prensa

española y suramericana, verdaderos trabajos de hombre de estudio, nos demuestran que el ilustre compatriota, no se opone, como otros, a las nuevas corrientes del pensamiento y de la vida democrática, sino que ha penetrado profundamente este grave momento de la civilización. Sanín Cano es un hombre nuevo, un verdadero hombre nuevo.

En este concepto, su venida al país tendría una importancia, de que acaso muchos, y tal vez él mismo, no se den cuenta perfecta. Si Sanín Cano viniera con el propósito de actuar intensamente, como parece indicarlo su intención de entrar al Parlamento, podría, estamos seguros, producir una fuerte agitación de ideas, podría remover este remanso espiritual en que viven o medio viven, los hombres y los partidos. Claro está que no lo esperamos todo de la voz de un hombre, que no lo fiamos todo al mesianismo, ni señalamos al distinguido escritor antioqueño como al redentor. Pero pensamos que él podría, si quisiera, indicar comprensivamente una orientación a la juventud y quizá al liberalismo, e iniciar una agitación que fuera luego un movimiento y más tarde una fuerza predominante.

(El Tiempo, Bogotá).

"La Revue Contemporaine"

71 años de existencia

CHARLES RIVET,
DIRECTOR

COMPLETAMENTE RENOVADA, APARECE EN PARÍS, CADA QUINCE DÍAS. LOS ESPÍRITUS MÁS GRANDES del Siglo XIX fueron sus colaboradores; los más altos del XX lo son hoy.

Es la REVISTA CONTEMPORANEA por excelencia. Su DIFUSIÓN ES MUNDIAL.

HA CREADO una Redacción Ibero-Americana bajo la dirección de ALEJANDRO SUX.

Si es Vd. un intelectual y se interesa por los problemas internacionales y el movimiento cultural del mundo debe suscribirse a LA REVUE CONTEMPORAINE.

Si es Vd. un intelectual y un patriota y desea que sus ideas y las manifestaciones más nobles de su país sean conocidas por las élites de todos los pueblos, debe colaborar en LA REVUE CONTEMPORAINE.

OFINAS: Rue Reaumur, Nro. 53, París (ame)

Un año..... Frs.: 50.00
Seis meses..... 30.00
El número..... 5.00

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO Nº 899

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega..... \$ 0.50
El tomo (24 entregas)..... 12.00
El tomo (para el exterior) ... \$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos
(4 inserciones)..... 20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Quien
habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

